

á otros; no tienen leyes, sino que bárbaramente adoran unos ídolos formidables de piedras ó barro con diferencias de figuras de animales, á los cuales ofrecen en sacrificio sangre que sacan de sus orejas. Consultan á los ídolos cuando han de tener guerras para saber lo que les ha de suceder, y si se les responde que bien, varonilmente é intrépidos se ponen á cualquier riesgo acometiendo á los contrarios; pero si les responde que les ha de ir mal, se retiran, huyen y esconden. Son muy diestros en el pelear con arco y flechas, acompañados de sus muchas fuerzas, como lo han experimentado nuestros españoles, siendo vencidos de ellos en muchas ocasiones, si bien los ha ayudado para esto la fragosidad de la tierra; andan siempre en carnes, embijados y pintados de diversos colores, porque como su habitación ordinaria es en los montes, los mosquitos y tábanos no los ofendan; los arcos de que usan en sus guerras son grandes; las flechas son de caña de carrizo y en las puntas pedernales ó varas tostadas, ó algún hueso de pescado en lugar de hierro, porque no le tienen, y por las pinturas que las ponen se diferencian unas naciones de otras, y algunos las envenenan con hierbas, de tal manera, que por poco que hieran con ellas, si no se saca la contrahierba, sin remedio los heridos perecen y á algunos se les caen las carnes á pedazos.

Y entre los muchos religiosos de nuestra Orden que se han entrado á predicar el Santo Evangelio, perdiendo sus vidas y padeciendo inmensos trabajos, derribando ídolos y levantando templos é iglesias [de algunos de los cuales se tratará adelante en la historia], fué uno de los más cercanos á nuestros tiempos aquel santísimo varón y apóstol de vida admirable, el santo Fray Pedro de Almonte, que penetró discurriendo entre estos bárbaros, predicándoles (como se verá cuando se trate de su vida y hechos maravillosos); pero como sus entendimientos son tan incultos y más de brutos que de hombres, son menos aptos y capaces para alcanzar los misterios de nuestra fé, por más que se les enseñe, como lo advirtió este bendito padre después de haber andado entre ellos mucho tiempo enseñando y predicando con palabras y ejemplos de vida; viendo el poco fruto

que había hecho y esperaba hacer, se salió de entre ellos diciendo: "esta gente es la de que habla la Escritura cuando dice: *gens dura service et insircumcissis cordibus*; dejémoslos, no gastemos tiempo envalde hasta que llegue el tiempo preordenado por Dios en que se compadezca de ellos, que los tienen ciegos sus pecados y vicios, y vamos á donde seamos de algún provecho."

Después que esta provincia de Xalisco se recogió á los límites que hemos dicho, las más cercanas naciones de esta gente bárbara y que le tocan, sin las que están de la otra banda del Río Grande á la parte del Norte, como queda dicho, son los siguientes: Coanos, Tepecanos, Tepeguanes y Usuritas, Caramotas, Huainamotas, Tecuares y Coras, de las cuales naciones hay muchos pueblos de cristianos por la gracia de Dios Nuestro Señor y predicación de los religiosos, y no con pequeños trabajos y penalidades que padecieron.

Esto es lo que en común se ha podido decir del estado que tuvo y tiene esta provincia hasta el presente año de 1653.

## CAPÍTULO II.

En que se trata del origen que tuvieron y de dónde vinieron los indios que poblaron las tierras de Nueva Galicia.

Para mayor inteligencia de este capítulo, se ha de recurrir á los capítulos 23, 24 y 25, y á los que se siguen del libro primero, donde se disputa y trata quiénes fueron los primeros que poblaron la América después del diluvio; conque entendido lo que allí se dice, sólo resta tratar en este capítulo y saber qué origen tuvieron y de dónde vinieron las últimas gentes que aportaron á las tierras de la Galicia; que aunque es verdad que pocos años después del diluvio se poblaron, y que la gente que

las habitaba era más bárbara que la mexicana, que fué política y en los ritos gentílicos curiosa, y que sembraban y cultivaban la tierra hasta las laderas de los montes, teniendo pobladas todas las provincias desde más allá de Santa Bárbara, que cae hacia la parte del Norte, hasta delante de Guatemala, que cae á la parte del Sur, y del mar de Levante, hasta el de Poniente, de innumerable gentío y que los pueblos tenían diferentes lenguas unos de otros; después vinieron otras naciones que se avendaron en ellas entre los naturales antiguos y las poblaron, y éstos fueron de los mismos indios mexicanos que poblaron la ciudad de México y las provincias circunvecinas, los cuales habitaban las partes del Norte ó Septentrión, y les sacó de su patria no sólo el apetito de aumentar sus términos, sino la desatención de aquellas regiones, solicitándoles á salir de aquellas tierras estériles la comodidad que se les seguía en buscar á donde pasar la vida sin desnudez y hambre, y estando con estos pensamientos se les apareció el demonio en la provincia de Aztatlán [que era la que habitaban].

No se sabe quiénes fueron los que poblaron después del diluvio aquellas provincias de Aztatlán, pero puede presumirse que las poblaron algunas familias de las diez tribus y de las mismas naciones que poblaron en los principios todo lo contenido en la demarcación de la Nueva España, que como se iban multiplicando se iban desparramando, alargando, dilatando y poblando toda la tierra, hasta que se poblaron todas las provincias septentrionales y tierras de Aztatlán, y hasta hoy no se sabe por cosa cierta á dónde es la provincia de Aztatlán, ni ninguno de nuestros españoles la ha visto; sólo se tiene noticia de ella y se sabe que cae hacia el Septentrión, y ahí, como digo, se apareció el demonio la primera vez á dos indios principales, llamados el uno Tecpatzin y el otro Huitziton, y les mandó que saliesen de aquella tierra estéril y desabrida, y ellos, obedeciendo, salieron en busca de nuevas tierras el año de 1113, y habiendo caminado un año, hicieron alto en un lugar que nombraron Hueyculhuacan, donde estuvieron tres años, al cabo de los cuales se les apareció otra vez, muy galán y ricamente ves-

tido, acompañado de otros tan galanes y bien adornados como él; y estando juntos los capitanes les habló diciendo: hijos y amigos míos, lastimado de vuestros trabajos os vengo segunda vez á ver, porque os quiero guiar á tierras de descanso (vease acerca de esto el capítulo 26 del primer libro); hízoles en este viaje que le adorasen, no habiendo adorado antes más que al sol y á la luna, sin hacerles ningún género de sacrificio más que incienso; enseñóles mil géneros de vicios y entre ellos el de la embriaguez, diciendo: que les haría alentados, guerreros y siempre vencedores, y que había criado el sol, luna y estrellas y todo el universo, y que su habitación era en el cielo, donde le gozarían después de muertos, y que él era el Supremo Criador del cielo y de la tierra, y finalmente, todo aquello que cuenta la Sagrada Escritura de Dios se atribuyó á sí, poniendo en tercera persona lo que le sucedió á Lucifer en el cielo; y á los cuatro años después de la salida de Aztatlán le juraron por su dios y le adoraron y ofrecieron inciensos y él les mandó que hiciesen unas andas y una silla en que llevasen su imagen y ídolo á quien puso por nombre Huitzilopuchtli, y de allí adelante, cuando les faltaba la presencia del demonio que les persuadió ser Dios, consultaban y recibían las respuestas del ídolo.

Volvióseles á aparecer á los ocho días, mostrando mayor majestad que antes, acompañado de mucha gente al parecer, y los mexicanos lo recibieron con muchos bailes y danzas, y le hicieron muchas fiestas, y luego le suplicaron que abreviase su partida para las provincias que les había prometido, el cual les dijo que á eso había venido con sus criados, los cuales había traído para que les acompañasen hasta fundar su imperio mexicano, y les preguntó que qué bastimentos tenían para el viaje; le dijeron que pocos para tanta gente y él les dijo, que para mostrar su poder les quería dar de comer y les mandó que se sentasen en un valle, y luego al punto se nubló el cielo y cayó mucha comida, como maíz, tortillas, pájaros y otros animales aderezados á su uso, dándoles cuanto pudiesen desear; y luego se les apareció con mayor majestad que otras veces y les dijo, que dentro de breves días volvería á verlos y se daría prínci-

pio á su viaje, mandándoles que cada capitán juntase los de su familia, sin mezclarse unos con otros para que caminasen con comodidad, y ellos lo hicieron así, y viendo que pasaban más de diez días y que no volvía, estaban suspensos y tristes, y estando en esto, á los quince días se les apareció en el traje que antes le habían visto; dijéronle y preguntáronle que si acaso le habían ofendido en algo, se lo dijese, porque ellos se enmendarían y serían muy puntuales en todo lo que les mandase, á lo cual el demonio respondió que en su persona no cavía pesar ni enojo, pero que solo estaba celoso de verles poco correspondientes y gratos á los favores que les había hecho y les había de hacer, á lo cual ellos dijeron que estaban reconocidísimos de los favores y mercedes que habían recibido de su deidad, y que les mandase y vería las veras con que era obedecido, y que si no lo hiciesen, entonces se podía enojar con ellos; entonces el demonio, viendo la suya, les dijo que para verificar lo que decían, pues era su Dios y Creador, le reconociesen ofreciéndole sacrificios, y que el que más le agradaba era el de los hijos pequeños, porque muriendo en él, los tendría en su compañía en prenda de su amor y fidelidad; y apenas lo hubieron oído, cuando luego procuraron ponerlo en ejecución, pidiéndoles diese el modo que habían de tener, que es el que queda referido en el libro primero y se extendió por todas las Indias.

Después del sacrificio les hizo el demonio una plática agradeciéndoles la ofrenda y mandando siempre la continuasen en las ocasiones que les pareciese convenir, prometiéndoles favor en sus adversidades y concediéndoles libertad de conciencia, y les puso pena de muerte que no admitiesen otra ley ni llegasen á disputas y conferencias, sino que los remitiesen á las armas; y cuando se acabó el sacrificio, le cubrió una nube oscura, y se oyó una voz que les dijo: "este es el Dios de todo el mundo, haced siempre lo que os mandare, que él os favorecerá". Agradeciéronselo los mexicanos, y deshecha la nube, se les mostró muy halagüeño y les dijo muchas cosas alabándose de quién era; luego mandó numerar las familias, y habiéndolas repartido en cuatro partes, les nombró capitanes y señaló sacerdotes y demás mi-

nistros del culto infernal, y mandó llevar al ídolo Huitzilopuchtli en sus andas en la última familia, que había de ser de retaguardia, saliendo de las cuatro familias las personas más nobles para llevarla en hombros, y á las otras tres familias, que fueron Tlacochealco, Chalméca y Chalpico, les dió tres demonios que las asistiesen.

Salieron los mexicanos con su pesado dios después de los tres años que quedan referidos, y habiendo caminado una jornada, pararon en un llano acomodado, adonde había un árbol bien copado, para poner á su sombra las andas y ídolo, y aquí dijo el demonio á todas las familias, que las tres que iban encomendadas á los tres demonios, prosiguiesen su viaje, porque él quería quedarse con la mexicana, y que fuesen cultivando la tierra para sembrar maíz y legumbres con que pudiesen sustentarse, y de allí se adelantaron las tres familias, y en el puesto que llamaron Chicomoztoc, que quiere decir lugar de siete cuevas, estuvieron poblados los mexicanos diez años, y en este tiempo no se ocuparon en otra cosa que en sembrar maíz y conquistar algunos indios de los naturales de la tierra y sacrificarlos á su ídolo, si bien otros caciques de esta familia y de las demás, se adelantaron descontentos de la aspereza de los temples y esterilidad de la tierra. Luego que salieron de este pueblo de las siete cuevas, atravesaron los llanos que había, hasta que tocaron las serranías circunvecinas á las provincias de Tzinahua, y entraron por Petlatlán, Culiacán, Chiametla, Tzenticpac, Xalisco, Valle de Banderas, Xala, Ahuacatlán, Atoyac, Ixtapatlán, Cayolám, Tzaqualco, Coculam, Amec, Ayahualulco, Etzatlán, Tequila, Tlala, Ixtlán, Ocotlán, Atemaxac, Tonalán, Cuitzeo del Río, Tototlán, Mezcala, Chapalac y Xocotepec. Todas estas provincias anduvieron, que estaban pobladísimas, y no las guerrearon por venir en tropas no suficientes para pelear, contentándose con el sustento que hallaron y con enseñar á los naturales los ritos del demonio que traían recientes en sus pechos, porque antes no adoraban más que al sol, luna y estrellas, y muchas provincias reconocían sin reconocer deidad alguna, y adestraron á los naturales en el uso de las pesquerías y algu-

na policía, y como eran pocos, se acercaron en estas provincias y, olvidando la lengua mexicana, se acomodaron á la de los naturales de ellas, como consta por tradición de los indios de esta provincia de Xalisco y lo dan á entender los nombres de los pueblos, ríos, lagunas, cerros, valles, fuentes, árboles, animales, aves y pescados, que son mexicanos, y que los naturales no hablaban mexicano ni impusieron los nombres que hallaron nuestros españoles cuando vinieron.

Pasados dos años que estuvieron los mexicanos y sus cuatro familias en el pueblo de Siete Cuevas, les mandó marchar su ídolo, y á pocas jornadas, llegaron á un valle que llamaron Cohuatlicamac y en él estuvieron tres años, y de allí fueron á Matlahuacalam, donde estuvieron dos, y de aquí fueron á Pánuco, donde los entretuvo seis años, porque hallaron gentes y poblaciones con quienes tuvieron algunas guerras y salieron victoriosos; de Pánuco marchó con sus mexicanos á unos llanos que llamaron Chimalco, que son los valles que hoy llaman de la Puana Xuchil, Nombre de Dios, donde están los pueblos y lugares de Pipiolcomic, Chimalco, Matahuacalam, Cohuatlicamac, donde asistieron otros seis años, y de aquí fueron la vía de Sain, Fresnillo, Trujillo, Valparaiso, y llegaron á los que hoy se nombran Zacatecas, Malpaso, Villa de Jerez, y en un valle que llamaron de Tuitlán poblaron una gran ciudad, la cual cercaron de una muralla y torres fortísimas con cuatro castillos (como se verá adelante), y estas familias últimas, que fueron las mexicanas, cuando fueron á México y salieron de Tuitlán, no pasaron el río grande de Toluca, que entra en la provincia de Tzenticpac, por que le dejaron á mano derecha, á la banda de mediodía.

Después de edificada la ciudad de Tuitlán (como queda dicho) estuvieron en ella veinte años, algo menoscabados, tanto por los muchos hijos que sacrificaban al demonio, como por los andenes en que los traía, y les mandó que le sacrificasen de los indios que había en aquellos valles, por lo cual los mexicanos los guerrearon; y un día dijo el demonio á los principales mexicanos, que convenía á su servicio conquistar los valles de Tlaltenango, Teul, Juchipila y Teocaltech, y poblarlos de los

rústicos mexicanos que traían, los cuales no hablaban la lengua mexicana tan culta y limada como ellos, para quienes tenía la tierra prometida, de la cual estaban ya cercanos. Hicieronlo así, y habiendo conquistado la tierra, los originarios y naturales de ella se retiraron á las serranías de Tepec, Xora y Ahuacatlán, que ahora se llama San Pedro de Analco, y otras partes donde se hicieron fuertes, viviendo una vida feroz y bárbara, y allanada la provincia y valle de Tlaltenango, poblaron en ella cincuenta mil villanos y rústicos mexicanos, y edificaron pueblos, y los más señalados fueron Tlaltenango, con sus aldeas, y Tepechitlán y el pueblo del Teul, encima de un peñol de peña tajada, que tenía una entrada y no más, y una fuente de agua, y le torrearón y fortalecieron porque le querían tener para amparo de los sucesos de guerra, y edificaron un templo suntuoso, que fué el santuario general para ellos, donde sacrificaban todos los que prendían en ella, con que volvieron al demonio en sus andas á la ciudad de Tuitlán, donde le recibieron con grandes danzas y regocijos, y en agradecimiento de esta victoria, le sacrificaron 200 niños que habían llevado del despojo, habiendo dejado en los pueblos recién fundados, caciques y sacerdotes, y les envió de Tuitlán un gobernador general que los gobernase.

Luego les mandó el ídolo que saliesen á la conquista de Juchipila y Tlaltenango, y llevasen los villanos que habían de poblar, para lo cual salieron cien mil rústicos mexicanos sin otros guerreros, y entraron por aquellos valles donde habitaban gentes bárbaras y sin policía, talando sus sementeras de maíz y otros frutos, ejecutando contra los moradores crueldades nunca vistas, los cuales viendo el estrago se huyeron á las Barrancas de San Cristóbal, y allí poblaron el río abajo, á donde vivieron enjaulados, pasando muchas calamidades y desventuras; en más de doscientos y noventa años fué no comer sal, sino que en lugar de ella usaban de las cenizas de palmas silvestres, y cogiéndolas las espumas que creaban, las cuajaban y les servían de sal, con que paladeaban el gusto, hasta que nuestros españoles los conquistaron.

Parran  
ca de  
San Cris-  
tóbal

Quedaron los rústicos mexicanos en pacífica posesión de esta provincia, y fundaron la ciudad de Juchipila, que quiere decir flor de señores ó caballeros, y luego edificaron templos para la adoración de su dios (aunque con reconocimiento al templo del Teutl); poblaron también los pueblos de Tenango, Jalpa, Mecatonasco, Toyaua, Apozól, Mezquituta, Moyaua, Cuixpalam y otros pueblos muchísimos, y pusieron gobernadores y caciques, mandando el demonio que de los primeros niños que naciesen le sacrificasen doscientos.

Acabada esta conquista, fueron á la del valle de Teocaltech, que estaba poblado de una nación de indios belicosos llamados tequexes, y así para darles guerra, se armaron con mayor prevención, y el demonio se puso una cota que llamaron los mexicanos ichcahueypili, morrión de plumas, alfange de pedernal, con arco y flechas en la mano; carcaj por la espalda que caía sobre el hombro izquierdo, sandalia de piel de venado adobado, calzón ancho de algodón teñido de varios colores, arregazado hasta la mitad del muslo, embijado el rostro con almagre, tinta negra y yeso, y en la mano una rodela de nequen aforrada de plumería pequeña, pendientes de la orla ramilletes de plumas de papagayos y guacamayas, y de este traje usaron en las guerras desde este día los capitanes y gente principal de los mexicanos. La demás gente llevaba unos arcos y flechas, otros hondas, dardos, macanas, alfanjes de pedernal y navajas, y de esta suerte llegaron á las puertas y pasos de Teocaltech donde los esperaban los zacatecos, huachichiles y tequexes para resistirles la entrada, y habiéndose trabado una sangrienta batalla, vencieron los mexicanos, y los contrarios, huyendo de su rigor y desamparando sus rancherías y patria, se retiraron á los montes y quebradas arrimadas al Río Grande que viene de Toluca, y luego el demonio hizo poblar el pueblo de Nochistlán y edificar templo en un peñol rodeado de agua, donde le ofrecieron los sacrificios que les había mandado, y luego marchó el campo, y á cinco leguas pobló á Teocaltech y erigieron otro templo á su ídolo Huitzilopuchtli (Teocaltech quiere decir pueblo edificado junto al Santuario). Después de esto,

pasó á adelante á donde están aún poblados los pueblos de Mitic, Jalostotitlán, Mezticacán, Yahualica, Tlacotlán, Teocaltitlán, Ixtlahuacán, Coacoalaocotic, Acatic, que eran de la nación tequexe, y escaparon de la rota de Teocaltech y se defendieron, no atreviéndose los mexicanos á pelear con ellos, y su tentaron la guerra con los mexicanos villanos y tochos más de doscientos y sesenta años, hasta que vinieron los españoles y asentaron paz.

Habiendo asentado sus poblaciones y puesto altar y sacerdotes en sus templos, rogaban los mexicanos á su ídolo los sacase de tantos trabajos y los llevase donde les había prometido, pues los rústicos quedaban ya acomodados, y el demonio les respondió que su deseo había sido siempre mejorarlas á todas las otras naciones que habían salido del Septentrión y que sus confederados quedasen acomodados, y que las familias que iban caminando adelante buscasen puestos agradables á sus viviendas con su ayuda, como lo habían hecho, y que claro estaba que pues ellos eran la familia á quien más amaba, que había de ser la más acomodada y favorecida. Luego les trató de la salida el demonio, y encargó á los rústicos y tochos mexicanos conquistasen todas las naciones circunvecinas, y no pudiendo ellos extenderse por ser los tequexes zacatecos muy valientes, salió el demonio ordenando las jornadas y estancias y caminó hacia la parte del Oriente con muchas guiñadas y rodeos hacia la provincia de los tarascos á quien nombraron Michoacán. Entró por los Huáscatos, Pénjamo, Numarán y Conguripo, hasta dar vista á la laguna de Tzintzontzan, á donde fueron sin contradicción alguna recibidos de los tarascos, y el ídolo les hizo amigos é hicieron una fiesta á su concordia, y entonces dijo el demonio á los mexicanos que si querían quedarse en aquella provincia, y respondieron que no, porque era destemplada y montuosa.

Estuvieron en esta provincia dos años, con el cariño de los tarascos, á los cuales se les pegó la idolatría que hasta allí no la habían usado. Estando en esto dijo el demonio á los mexicanos que convenía que se apartasen algunos, los más políti-

cos, y se hiciese de ellos una familia para que quedase con los tarascos sus amigos, que por ser gente inculca tenía necesidad de quien les enseñase en el gobierno de la república y en el culto de la idolatría, y pareciéndoles bien, nombraron por cacique y señor á un indio mexicano noble y de gran talento, llamado Tzilantzi, el cual, con los de su familia, poblaron la ciudad de Huitzitzila, que ahora se llama Tzintzontzan, adornándola de muy fuertes vistosos edificios, y quedaron tan confederados los mexicanos y tarascos, que nunca tuvieron disgusto, antes los mexicanos olvidaron su lenguaje y de este cacique Tzilantzi descendieron los señores y reyes de Michoacán.

Asentado lo de Michoacán, ordenó el demonio que los mexicanos que habían de pasar adelante, saliesen de Tzintzontzan, y atravesaran por los puertos de Zurirapanduro, Cuitzeo, Acámbaro y Coroneo á dar vista á Chiapa, y de aquí fueron en busca de las demás familias, que se habían adelantado, como queda dicho, y haber entrado por Tierra Caliente las primeras familias que salieron, contrayendo amistad y parentescos con las naciones y pueblos que encontraban, y haciendo asiento entre ellos, se vinieron á hacer todos unos en el lenguaje y trato, y de aquí quedó tener todos los pueblos, cerros y plantas nombres mexicanos, y á los pueblos que no los querían recibir, daban cruda guerra. Estos vinieron por lo de Xalisco y corrieron hacia el Valle de Banderas, Ahuacatlán y Jala, de esta parte del Río Grande, provincia de Tonalán, y todo lo que hay hasta Colima y de allí adelante, y cuando al demonio le pareció que ya era tiempo, ó á los tres demonios que guiaban las tres familias, les hizo marchar hasta las lagunas de México, donde poblaron, quedándose entre los naturales muchos de los que aquí habían nacido, otros por viejos ó enfermos ó impedidos, y otros por haber tomado amor á la tierra.

Todas las familias que vinieron de las partes septentrionales, se llamaron aztecas, por haber venido de la provincia de Aztatlán que cae entre el Norte y el Poniente, provincia grande, y se presume que para venir á esta tierra, pasaron el estrecho de Anian, y que la provincia de Aztatlán queda de la otra

parte del estrecho. (Lo demás acerca de esta materia queda tratado en el libro primero por extenso.)

### CAPÍTULO III.

En que se pone una relación que dejó D. Francisco Pantecatl, hijo del cacique Xonacatl que gobernaba las provincias de Acaponeta, cuando vinieron nuestros españoles á la Conquista.

He querido poner esta relación aquí, por convenir casi en todo lo dicho en el capítulo pasado, y para que se vea y conozca su certidumbre, pues lo mismo que contaron los indios mexicanos haber sabido por tradición de sus pasados y enseñado en sus tablas y pinturas á los benditos padres, Fray Toribio Motolinia, que las tuvo en su poder, en las que estaban las historias y antigüedad de los indios, y al padre Fray Andrés de Olmos, gran escudriñador de las cosas secretas y particulares de la Nueva España y uno de los más antiguos que vinieron á ella, D. Francisco Pantecatl, la dejó escrita á sus hijos y descendientes por memoria, diciendo que lo que en ella refiere lo oyó decir y contar á sus antepasados y abuelos, y que las gentes que poblaron estas tierras, procurando echar de ellas á los naturales, vinieron del medio de la tierra, colíjese haber sido de la provincia de Aztatlán, así por lo dicho en el capítulo pasado, porque aquellas gentes fundaron un gran pueblo en Tierra Caliente llamado Aztatlán, y dice el dicho D. Francisco Pantecatl, que cuando llegaron á las sierras de Acaponeta y á las otras poblaciones que estaban en aquellas regiones calientes que caen al Poniente y mar del Sur, siguieron guerra á los naturales con ánimo de irse apoderando de ellas, con que les obligaron á dejar sus pueblos y retirarse á otros puestos donde pudiesen estar seguros de sus adversarios; y como quiera que casi todas las naciones del